

DAVID MATEO

PROHIBIDO SALIR CON EL CLIENTE



POEBOOKS



Primera edición: enero de 2016

© David Mateo, 2016

© Poe Books, 2016

Timoteo Padrós, 14
28200 San Lorenzo de El Escorial (Madrid)
contacto@poebooks.club
www.poebooks.club

Diseño, maquetación y edición (cubierta e interiores):
Poe Books

Impreso por Cofás Artes Gráficas, S.L.
c/ Juan de la Cierva, 58
Polígono Industrial Prado de Regordoño
28936 Móstoles (Madrid)
cofassa@gmail.com

ISBN: 978-84-944469-2-4
Depósito legal: M-40.512-2015



POEBOOKS



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

*Para mi madre, por crear magia en mis sueños
Para mi padre, por iluminar cada página de este libro*





UN PRÓLOGO PARA “PROHIBIDO SALIR CON EL CLIENTE”

No recuerdo el día que era, ni el mes, ni la semana... ni siquiera el año. No recuerdo si llovía o si hacía frío o calor. Y lo que es más extraño en mí, no recuerdo la luz que aquella mañana se colaba por la cristalera que cubre mi despacho. Esa luz que divide los días de mi vida en soleados y alegres o nublados y lluviosos y, por lo tanto, tristes.

Pero sí recuerdo que era una mañana de poca labor a desempeñar. De pocas expectativas. Hacía ya meses, demasiados, que el ritmo de trabajo había bajado y que el país llevaba un lastre a sus espaldas que vaticinaba lo que luego llegó como una apisonadora: la crisis económica.

El mundo en el que vivíamos nos tenía acostumbrados a otros tipos de crisis también dolorosas: la crisis de las ideas, de la creatividad, de la solidaridad, de los valores. Pero la relacionada con el pan de cada día, con nuestro futuro cercano y el de toda la sociedad, era algo que no habíamos tenido en cuenta. Tampoco contábamos con que muchos de nuestros próceres —o los denominados «padres de la patria»— no supieran sacarnos de ella.

El día anterior me había llamado un conocido para que le recibiera junto a unos amigos que querían plantearme un proyecto



publicitario que quizás podría interesarme. Hoy, con cierta perspectiva, me alegra que aquella fuera una de esas ocasiones en las que poco tenía que hacer y haberle podido contestar que aquí me tenía esperando su propuesta.

Apareció, creo recordar, con cuatro acompañantes más que fue presentándose uno a uno hasta llegar al último. «Este es David Mateo, escritor y coautor de la idea de la que te hablé y que hoy te traigo». Yo hacía unos meses que había terminado una serie para televisión de veintiséis capítulos monográficos sobre pintores y escultores de gran calidad y oficio y estaba muy influenciado por la creatividad y sensibilidad de todos ellos.

Si por algo siento intrínsecamente respeto es por todo lo relacionado con las artes, o sea, por lo que forma parte del patrimonio del alma. Por lo tanto, un escritor es alguien al que respeto en principio, aunque obviamente mi reconocimiento depende de las sensaciones que obtenga tras la lectura de su obra.

David me pareció muy joven, animoso, sonriente y de una locuacidad amena, amable e interesante. A lo largo de la entrevista pude discernir que, tras ese aspecto limpio y sencillísimo, habitaba una persona con facilidad de palabra, conocimiento, y que tenía las cosas muy claras en cada tema que iba saliendo a la palestra, a pesar de la humildad que manifestaba en sus acertadas opiniones.

Fue después de más encuentros, de varios cafés del tiempo, cortados y largas conversaciones, cuando, a pesar de nuestra diferencia de edad, nos hicimos amigos. Hasta aquel momento no había leído ninguna de sus novelas editadas. Y desde luego no había sido por falta de ganas, ni por pereza, ni tampoco por desidia. No sé por qué había sido. Ahora creo que, en aquellos días, tal vez mi subconsciente temía la posibilidad de que su obra dejara entrever que no fuera tan buen escritor como magnífico tertuliano. Así fue hasta que en una ocasión su agente me comentó lo interesante que era el último trabajo de David que muy pronto saldría al mercado.

Se ofreció a mandarme la novela por mail y yo acepté de inmediato, aunque en el fondo pensé que lo mejor habría sido esperar a tenerla físicamente en mis manos, en forma de manuscrito. He de reconocer que cuando vi que eran casi quinientas cincuenta páginas y que tendría que leerlas en la pantalla del ordenador, casi me eché atrás. ¡Cuánto me alegro ahora de no haberlo hecho! Los que ya sean o hayan sido lectores de David, entenderán a la perfección lo que me pasó a partir de ese momento.



Me senté ante el PC tras una frugal y temprana cena y empecé a leer su novela con el convencimiento de que a los pocos minutos me cansaría, pues mis ojos no suelen aguantar mucho la luminiscencia del monitor y porque hacía años que no leía ese género literario que, tonto de mí, creí que ya no me interesaría.

Al principio me chocó lo perfectamente que estaba escrita y lo bien que manejaba el lenguaje y las técnicas literarias para hacer que un texto desprendiera luz propia. Pero al cabo de muy pocas páginas, la trama de la novela, la personalidad de sus protagonistas, las descripciones de los lugares donde transcurría, los ambientes que insinuaba, la intriga y el suspense del argumento, hicieron que me olvidara de la calidad literaria y de todo lo que no fuera estrictamente el mundo que desvelaban esas páginas digitales. Por supuesto, la molestia por el resplandor del ordenador pasó a un segundo o tercer plano.

A la mañana siguiente tenía una cita a primera hora a la que debía acudir muy lúcido y descansado. Esa cita fue la responsable de que no me pasara la noche en vela leyendo de tirón aquella novela que tanto me gustaba y por la que luchaba, por todos los medios, para que no se me cerraran los ojos a altas horas de la madrugada.

Pasé la tarde del día siguiente encerrado en mi despacho, sin permitir que nada ni nadie me interrumpiera, dedicándole el tiempo necesario a ese relato que me dejó en ascuas la noche anterior.

Aquella novela me hizo pasar muchas horas inmerso en uno de esos universos que con el tiempo he ido descubriendo a través de David Mateo y me hizo disfrutar de su tremenda imaginación y del buen gusto literario.

Mientras redacto este prólogo a finales de noviembre, esa novela está a la espera de su aprobación por una de las cadenas privadas de televisión para convertirla en una serie de seis capítulos en horario de «prime time».

Estoy seguro de que será un éxito rotundo.

Como también estoy convencido de que este «Prohibido salir con el cliente», que comienza con este prólogo, será tan intenso como su novela anterior.

La obra de David Mateo es un homenaje a la imaginación, a la rapidez del ingenio y a la literatura de género.

Sabe entrar en los sentimientos del lector discretamente y llega a lo más profundo de su corazón para avivar la capacidad de sorpresa.



PROHIBIDO SALIR CON EL CLIENTE

Es, como el lector comprobará leyendo esta obra, una bocanada de aire fresco.

Borja Trénor Suárez de Lezo
Productor «Candil Films»



PROHIBIDO
SALIR
CON EL CLIENTE



Lo único que nos separa de la muerte es el tiempo
Ernest Miller Hemingway

*Todos estamos en fila delante de la parca,
felizmente no sabemos en qué lugar de la fila.*
Ernest Black



LOUIS





UNO

Sitges, 29 de octubre de 1999

El lavabo masculino del *Auditori* olía mal, peor que mal. Casi daba la sensación, después de once días de festival, que incluso aquel pequeño reducto de Sitges había acabado anegado por ese nerviosismo coral que se respiraba en la sala VIP. Veladas interminables, alcohol en exceso y unas cuantas rayas de coca sobre la barra de un *after-hours* desfondaban la resistencia más enconada. Aun así, Louis tuvo que admitir que aquel individuo mantenía el tipo. No hacía ni un mes que había enterrado a la pobre Judith en el Cementerio de Torrero, en Zaragoza, y su psicólogo le había prescrito un par de semanas de reposo si no quería volver a sufrir otra crisis nerviosa —justo las dos semanas del Festival de Sitges—; pero el muy testarudo allí estaba, jugándose el todo por el todo con «Raza hambrienta», en lo profesional y en lo personal, como uno de esos ludópatas compulsivos que, después de perder hasta el último céntimo, regresan a la mesa de pócker con ánimos renovados.

No cabía duda de que para Manuel Izarbe lo primero era la película. Veinticinco millones de euros de producción y otros diez de publicidad tenían la culpa. «Raza hambrienta» ya era



la tercera película más cara del cine español. Filmax y Sogetel habían logrado, a base de quemar millones, que la ópera prima de aquel incipiente director aragonés entrara en sección oficial y se programara el último día de festival, por lo que la expectación se hallaba en lo más alto.

Por supuesto, todos los puntos de mira estaban puestos en Manuel Izarbe.

Tras el rodaje, solo quedó tiempo para un pase privado con Alex de la Iglesia. La repentina muerte de la actriz principal logró trastocar los planes. Al final, la reacción del director invitado resultó bastante decepcionante. Un simple encogimiento de hombros y la petición precipitada de que alguien le pillara un taxi porque tenía que salir cagando leches para Atocha.

Louis supo más tarde que justo en ese momento, Manuel estuvo a punto de sufrir la segunda crisis nerviosa. La llamada de Ernesto Fulero, directivo de Sogetel, no tardó ni diez minutos en producirse. Su voz sonaba muy crispada a través del teléfono, no dejaba de preguntar: *¿Y qué más ha dicho Alex?*, mientras Manuel sentía que le faltaba el aire. La escalofriante verdad era que Alex no había dicho ni mu. Ni siquiera movió la comisura de los labios durante la proyección. Se había limitado a repantingarse en la butaca mientras transcurrían los ciento diecinueve minutos de metraje y daba buena cuenta de un bol de palomitas. Luego, si te he visto no me acuerdo. Solo ese encogimiento de hombros que acabó de espachurrar la moral de Manuel contra el suelo.

—Hijo de puta —pudo mascullar entre dientes.

La llamada de Filmax no fue tan amistosa como la de Sogetel. Le abordó un tipo que Manuel no conocía de nada. En los tres meses de rodaje había visto merodear por los platós a un buen puñado de encorbatados que aparecían al anochecer y desaparecían por la mañana, como buenos vampiros, pero en ningún momento llegó a entablar conversación con ellos.

—Si la cagas, prepárate para darle los buenos días a tu mujer —le advirtió el de Filmax.

Después, el estruendo clamoroso del teléfono al colgarse.

Desde ese momento, Manuel Izarbe solo pudo conciliar el sueño a base de fenobarbital. Cada vez que cerraba los párpados se veía arrodillado ante los restos de Judith desperdigados por la mesa del forense, dándole los buenos días y ella prometiéndole unas vacaciones en el infierno. La pupila de Judith siempre se dilataba



tras el mensaje, a punto de salirse con el resto del ojo de una órbita que se abría desmesuradamente en una cara pulverizada por la fricción contra los raíles.

Manuel despertaba empapado en sudor y cuando ponía la televisión en busca de alivio, se topaba con algún noticiario que hablaba del inminente estreno de la película de la joven estrella asesinada en las vías del tren — jamás se tomaban la molestia de mencionar el título de la película— o con algún programa sensacionalista que ahondaba en la vida privada de Judith y sacaba a la luz trapos sucios que Manuel hubiera preferido mantener ocultos en la trastienda.

«Raza hambrienta» pasó de ser su mayor esperanza a convertirse en su mayor maldición. Sitges en el gran muro de las lamentaciones que le impedía atisbar el resto de su carrera cinematográfica. La hiel apenas le permitió balbucear cuatro frases seguidas ante la prensa durante la presentación de la película. La mayoría de los periodistas lo achacaron a la reciente muerte de su esposa, pero lo cierto era que Manuel estaba muerto de miedo.

Louis lo supo en cuanto lo vio aparecer en el *hall* del Miramar, junto a Fran Callejo, el guionista, y Antüan Bassen, el actor principal de «Raza hambrienta». El protocolo obligó a dejar una silla vacía en memoria de Judith, justo al lado de Manuel. El joven director no dejaba de mirar de reojo a Antüan mientras trataba de hacer frente al aluvión de preguntas de los medios de comunicación, pero no buscaba el apoyo del actor, sino que estaba pendiente del vacío que debía ocupar Judith y que aquella triste mañana solo se llenaba de aire.

Louis, que asistió a la rueda de prensa desde un segundo plano, no pudo evitar preguntarse qué pasaría por la cabeza de Manuel, qué sentimientos bullirían en su mente mientras miraba la sala con ojos vacuos y trataba de seleccionar palabras que se resistían a salir de su boca. Manuel estaba asustado. La presión, los nervios, el abatimiento, la pena convertían su cara en una máscara destemplada.

Pero Louis sabía que había algo más.

Siempre lo hay, solía decirle Izaskun, solo hace falta olisquear la entrepierna para saber cuántos demonios se esconden entre las pelotas.

Louis afinó todos sus sentidos mientras recordaba la palabra clave. Remake... advirtió Judith un mes atrás, sentada en el sofá



de su piso, con la mirada clavada en el televisor mientras el presentador del telediario anunciaba su muerte.

Manuel mantuvo la entereza ante los medios de comunicación. Dejó que Fran llevara la voz cantante y que Antüan soltara alguna impertinencia que relajara el ambiente. Nadie de Filmax o Sogetel se dejó caer por la rueda de prensa. Las aves de rapiña solo aparecían cuando la carnicería se esparcía por tierra.

Tal era el estado de absorción de Manuel, que ni siquiera se inmutó cuando una mujerona de edad avanzada levantó la mano y tomó la palabra. No llevaba tarjeta de identificación, por lo que no debía de ser de la prensa. Tampoco tenía pinta de pertenecer al ejército de frikis del fantástico que recorrían los pasillos del Miramar o del Meliá Sitges en busca de autógrafos. No, aquella mujer era aún más extraña. Piel apergaminada, muy blanca, con los ojos ribeteados por miles de surcos y unos labios congelados en una sonrisa lobuna. Llevaba el pelo rizado, macilento y crespo, y un maquillaje mortuorio que contrastaba con su carne mórbida. Cuando levantó el brazo, su voz se vio coreada por el cloqueo de las pulseras de plástico que forraban su muñeca.

—¿Ha visto usted un film que se llama «Vigilancia crepuscular», señor Izarbe? —preguntó la extraña con un acento que Louis fue incapaz de identificar.

Manuel palideció, juntó las manos debajo de la mesa y tragó saliva. No dijo nada, por lo que Fran hizo amago de golpearle con el codo, pero el director siguió sin reaccionar. Había desconectado de la estancia.

Louis, situado en la retaguardia, apenas pudo ver la reacción de la anciana ante la introspección del director. Algunos periodistas murmuraron por lo bajo y, al final, tuvo que ser Fran el que respondiera y salvara los muebles mientras el barco hacía agua por todas partes.

No fue más que otra reacción extraña de Manuel, una de tantas, pero Louis supo que en ese cambio podía amagarse uno de los demonios que se escondían entre las pelotas del director. Aguardó a que la rueda de prensa acabara y se quedó junto a la puerta, esperando a que la anciana saliera del *hall*. Cuando pasó junto a él, no pudo evitar una fuerte sensación de repulsa. Arrojada por un vestido negro estampado y un fular rojo rematado por miles de flecos, avanzaba a buen ritmo mientras trataba de pasar desapercibida entre la muchedumbre. Obviamente, resultaba imposible. Su aspecto destilaba un halo



tenebroso que contrastaba con la manada de periodistas que formaba pasillo a su alrededor. Era alta como una farola y, pese a la edad, todavía poseía cierta robustez. La piel se estiraba sobre el cuello de la camisa, creando pliegues que le llegaban a la barbilla. Pero lo peor era el olor, un bálsamo de avellanas agrias que terminó de ponerle el vello de punta. La mirada de Louis solo se cruzó con la de la vieja una vez y distinguió en ella tanto odio que no pudo reprimir un respingo.

La anciana agachó la cabeza y desapareció por el pasillo que llevaba a la salida del hotel.

Louis aprovechó la sesión fotográfica posterior a la rueda de prensa para deslizarse al servicio. Sabía que Manuel aparecería de un momento a otro. Lo había visto tan nervioso que no dudaba que tarde o temprano tendría que romper las normas para hacer una visita al amigo Roca. Louis sonrió satisfecho cuando constató que la intuición no le fallaba. La puerta del baño se abrió con un golpe brusco y Manuel entró como una exhalación. Por suerte, Louis ya se encontraba atrincherado en uno de los retretes desde el que tenía cierta perspectiva sobre el resto del lavabo.

Manuel se bajó la cremallera de sus pantalones de piel y descargó una buena dosis de la tensión acumulada a lo largo de la rueda de prensa. Después se plantó delante del espejo, se aflojó el nudo de la corbata, se refrescó la nuca y permaneció un buen rato ensimismado.

Louis sabía que no tenía más de veintitrés años, tres más que él — Fotogramas lo presentó en sociedad como la nueva promesa del cine español—, pero por las ojeras y las arrugas que acechaban sus pestañas parecía que tuviera el doble. Manuel apoyó ambas manos en el mármol del lavabo y encadenó un par de respiraciones.

—Así no va a conseguir nada.

Louis se decidió, por fin, a salir de su escondrijo y Manuel se llevó un buen sobresalto al comprobar que no estaba solo.

—¿Quién coño eres tú? —inquirió el director en cuanto logró recuperarse de la impresión.

El muchacho que tenía enfrente podía ser tildado de cualquier cosa menos de típico. Delgado y fibroso, de facciones marcadamente juveniles que trataba de disimular con barba de dos días y una mata de pelo morena y desaliñada. Todavía le quedaba algún rastro de acné tardío, no obstante, sus facciones



resultaban muy agradables a la vista. Sus ojos azules denotaban una mirada profunda; algo de lo que él parecía consciente, pues llevaba las cejas depiladas para resaltar sus rasgos. Lo más llamativo en el plano izquierdo de su rostro era el tatuaje de un dragón con cuerpo de serpiente que comenzaba en el cuello y se enroscaba hasta la sien. Vestía una camiseta que incluía frases en hebreo, una chaqueta sin mangas y unos pantalones desgastados de los que pendía una cadena. Un buen puñado de amuletos le colgaba del pecho. Manuel reconoció el símbolo de la paz en plata, un Tetragrámaton y un pequeño atrapasueños decorado con plumas y cordón de látex.

Louis se apresuró a echar el pestillo a la puerta del lavabo antes de que se colara alguna visita inesperada.

—Mi nombre no importa —respondió mientras comprobaba que seguía teniendo a mano algo escondido en la parte trasera del pantalón—, tampoco importa quién soy o de dónde vengo. Lo único que importa ahora mismo es usted.

—¿Yo? —Manuel se quedó envarado—. ¿Qué coño es esto? ¿Una cámara oculta o algo así?

Louis hizo amago de adelantarse para tocarle, pero Manuel lo apartó con un empujón.

—Necesito que me ayude a ayudarlo. Solo responda una pregunta: ¿qué hace usted aquí?

A Manuel cada vez le daba peor espina aquel tipo. No era un yonqui, a simple vista parecía limpio, pero se mostraba igual de descarado.

—¡Mierda! Te advierto, amigo, que te estás metiendo en un buen lío. Los de seguridad se van a dar cuenta de que he desaparecido y van a aparecer en cualquier momento. Como se te ocurra hacerme algo...

Manuel dejó la frase a medias cuando le vino a la cabeza el recuerdo de Judith. No hacía ni cuatro semanas que la hallaron descuartizada sobre las vías del tren. Un maniático la había abordado en plena noche, la había arrastrado contra su voluntad y la había convertido en un montón de cachitos desperdigados por la vía. De eso solo hacía cuatro semanas. Cuatro miserables semanas y ahora, de repente, aparecía otro chiflado.

La garganta se le quedó seca.

—No pretendo hacerle nada —se apresuró a añadir Louis, como si le hubiera leído el pensamiento—. Le juro que solo he venido a ayudarlo. Solo a eso.



—¿Ayudarme? ¿Por qué?

—Antes tiene que responderme a la pregunta.

—¡¿Qué pregunta, coño?!

Louis suspiró exasperado.

—¿Qué hace usted aquí?

—Estamos en el Festival de Sitges. Soy director. ¡Por Dios! ¡He venido a presentar una película! Parece de cajón, ¿no?

—No me refiero a eso. ¿Solo viene por trabajo?

—¿Cómo?

—Ella... —Louis tragó saliva. Llegaba el momento de la verdad. Tenía que soltar la peor parte—. ¿Es que acaso ella no le importa nada?

Tal como temía desde el principio, la expresión de Manuel demudó por completo. Sus ojos se inyectaron en sangre y los labios se crisparon, como si acabara de tragarse una aceituna con hueso. La reacción no se demoró demasiado. El director se arrojó sobre él y lo estampó contra la puerta del lavabo. Louis trató de quitárselo de encima, pero los brazos del otro empujaban como rodillos. Lo apartó lejos de sí, pero Manuel no se dio por vencido y volvió a embestir. La puerta de plástico estuvo a punto de salirse de los goznes. Louis tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerlo a raya y que los dedos del director no acabaran en su pescuezo.

—Por favor... tiene que calmarse...

—¡Quién eres! ¡Dímelo o te rompo el cuello aquí mismo!

Louis logró zafarse de aquellas garras insaciables y puso cierta distancia entre ambos. La respiración de Manuel sonaba entrecortada y sus movimientos se volvían erráticos. Ahora estaba seguro de que había accionado algún detonador interno al mencionar a Judith.

Si la liebre salta es porque tiene miedo y el miedo solo puede ser síntoma de peligro.

Izaskun nunca se equivocaba en esas cosas. Manuel tenía miedo, y no por la presión de las productoras o por la inminente proyección de «Raza hambrienta». Había algo más. Algo relacionado con la película o, incluso, con la muerte de Judith.

—Se lo dije antes —contraatacó—, mi identidad no importa. Solo importa ella y su mensaje.



—Ni se te ocurra nombrarla otra vez, cabronazo, ni se te ocurra.

—Escúcheme, por favor, lo único que importa ahora es Judith y su mensaje.

Louis sabía que acababa de sobrepasar un límite. Ahora Manuel se arrojaría sobre él como una bestia acorralada o acabaría desmoronándose como un animal herido. Por suerte, ocurrió lo segundo. El director de cine se apartó de su lado y se dejó caer en el mármol del lavabo. Tenía el rostro congestionado y las venas le palpitaban en el cuello. La simple mención de su esposa sacaba a la luz arrebatos incontrolables.

—Judith vino a verme después de su muerte —continuó Louis, haciendo de tripas corazón—. La he visto varias veces.

—¿Có-cómo dices?

—Creo que quiere que le transmita un mensaje.

Manuel respiraba cada vez de forma más entrecortada. Conforme transcurrían los segundos, su tez se ponía más pálida y su expresión se convertía en una caricatura del hombre visceral que fue unos segundos antes.

—¿Le dice algo la palabra remake?

El director le observó de reojo, dudó unos segundos y negó con la cabeza.

—Piénselo bien, por favor, en estos casos el mensaje suele ser vital. —Louis respiró hondo—. Quizás tenga alguna relación con la muerte de Judith... o con la película que usted está a punto de estrenar... no lo sé. Pero ese es el mensaje que ella quiere que le transmita.

Manuel jadeó al borde del colapso. Tenía la frente perlada de sudor, las greñas castañas se le pegaban a la cara y acentuaban su aspecto desesperado. Estaba a punto de perder las últimas dosis de aplomo.

—Es la película —insistió Louis—. ¿Verdad? Tiene que ver con esa condenada película.

—No...

—¿Qué esconde esa película?

—Nada.

Louis se pasó la mano por la cara, cansado. Si Izaskun hubiese estado allí, habría dejado bien claro que aquel asunto estaba podrido y, después, se habría arrojado sobre la yugular del director para desenterrar la verdad sin contemplaciones. Pero él no era Izaskun. Ni mucho menos. No se parecía en nada a ella.



Izaskun era un violín desafinado, tocaba siempre sin partitura, rayando el límite. Él, pensara lo que pensara la Logia, seguía respetando las normas. Podría ser un furtivo, pero sabía cuando bajar la presión.

—A lo mejor es la clave para dar con el asesino de su esposa. —Louis se aproximó a Manuel, confiado, dispuesto a prestarle toda su ayuda. El sufrimiento ajeno le causaba dolor—. Piénselo bien.

—Basta ya.

—Es esencial que colabore.

—Que se calle.

—Puede que se ayude a usted mismo... o que ayude a Judith...

Esta vez el ataque no vino precedido de ningún aviso. Manuel se revolvió sobre sí mismo y le estampó el puño en la boca. Louis cayó hecho un ovillo al suelo, retorciéndose de dolor. Los incisivos superiores bailaban en sus encías y le provocaban una sensación muy desagradable. Por un instante, casi vio a Izaskun a su lado, observándole con esa mirada arrogante que tanto le irritaba y diciéndole: *¿Ves? No eres más que un santurrón confiado. Tenías que haberle clavado los dientes cuando estaba moribundo.*

—Como vuelvas a repetir ese nombre te arranco los huevos, subnormal.

Para remarcar sus palabras, Manuel le propinó una patada en el estómago que le dejó unos segundos sin aire. Después, se arrodilló a su lado y le cogió del cuello de la camisa. Manuel se aseguró de mirarle directamente a los ojos.

—No quiero volver a verte, ¿te enteras? Como sigas con esta mierda, la próxima vez te reviento la cabeza. ¿Queda claro, cabrón?

Louis no pudo hacer otra cosa más que gemir.

Manuel, satisfecho, estampó su cabeza contra las losas y recompuso el tipo frente al espejo. Al pasar por su lado, le propinó otra patada en las piernas y abandonó el lavabo con un portazo.

Louis permaneció un rato inmóvil en el suelo, tratando de recuperar el resuello. Se llevó la mano a la boca y cuando la separó, vio los dedos manchados con finos hilos de sangre. Le costó un mundo levantarse. El golpe había sido tan violento que casi tenía la impresión de que un caballo le hubiese coceado el estómago. Tuvo que apoyarse en el mármol para no perder pie. Cuando se miró al espejo, vio sus labios empapados de sangre y un rastro negruzco alrededor de los ojos. Escupió una flema sanguinolenta y llenó los pulmones con el aire infecto que reinaba en el lavabo. El ambiente



hedía, una mezcla acre de retrete y sangre que le produjo arcadas. Jadeó lastimeramente mientras se lavaba la cara. Cada vez que aproximaba los dedos demasiado a los labios hinchados, sentía un pinchazo que nacía en la raíz de los dientes y subía hasta las encías. Terminó de refrescarse, se empapó el cuello y volvió a respirar hondo.

Al final todo se reducía a eso: no era más que un furtivo sin experiencia. El error de una extremista que jamás debió ejercer de Maestra Cohen. Louis se reprendió a sí mismo cuando todos aquellos pensamientos pasaron por su cabeza. Izaskun podía tener muchos defectos, pero era injusto culparla de su situación. Había luchado mucho por él, por situarlo bien en la Logia, pero ella no tenía la culpa de que Louis fuese incapaz de asumir sus pérdidas.

De pronto le asaltó un frío sobrenatural. Su cuerpo, todavía destemplado por el golpe, reaccionó encogiéndose en un metro cuadrado. Todavía le dolía la cabeza, así que accionó el grifo y volvió a empaparse la cara. Cuando alzó la vista, la encontró reflejada en el espejo. Judith. Blanca como un fragmento de loza, las costuras remachando trozos de carne violácea seccionados por los ejes de un mercancías que circulaba a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Sus ojos esmeraldas, atormentados e iracundos, brillaban como muescas encendidas bajo los rizos. Louis, con el corazón acelerado, se dio la vuelta y solo encontró la puerta abierta del retrete. Una mosca volaba alrededor de la taza abierta y en el aire seguía flotando ese olor fecal que le hacía sudar el doble.

Volvió a mirar el espejo y se topó de nuevo con Judith. Por muchas veces que se produjeran aquel tipo de encuentros, jamás lograría acostumbrarse. En el caso de Judith, la visita se volvía más angustiosa. El tren hizo estragos en ella. Seguía siendo bonita, una estrella cuyo paso por la meca del cine fue efímero pero que aún, en la muerte, seguía conservando cierto glamour. Una de las primeras cosas sobre las que le aleccionó Izaskun era que algunos de ellos, una vez muertos, confundían su situación. Quedarse atrapados en un mundo al que ya no pertenecían debía producir una fuerte sensación traumática, pero la Judith del espejo, la Judith espectral, sí que sabía dónde estaba. Su expresión rebosaba confianza. Una coerción de ultratumba que ellos siempre usaban para intimidar a los vivos.

Louis respiró hondo e hizo frente a la imagen.



—Lo he intentado.

Judith seguía inmóvil, sin apartar la mirada de él. Exigiéndole cosas que, tras su airada conversación con Manuel, parecían inalcanzables.

Ellos ni son considerados, ni entienden de imposibles. Su subconsciente se reduce a un cúmulo de recuerdos e instintos básicos. Buscan al mediador que pueda depararles algo de paz y vuelcan en él todas las frustraciones que tuvieron en vida. No entienden de misericordia. Son lo que son. Recuerdos de lo que una vez fueron. Imágenes que se niegan a desaparecer del todo. Residuos de un ser que en otro tiempo estuvo completo y que ahora permanece en un limbo paralelo al nuestro.

Ante la imagen de Judith, las palabras de Izaskun cobraban un realismo escalofriante.

—Joder... mírame... —Louis ladeó la cabeza, exhibiendo las magulladuras del puño de Manuel en su boca. Judith permaneció inalterable en el espejo—. Un poco más y me revienta todos los dientes.

No hubo respuesta. Solo ese silencio que a Louis le ponía los nervios de punta.

Una sacudida recorrió la superficie del espejo. Comenzó en una esquina y se extendió hasta el centro. Louis contuvo el aliento mientras un chirrido agudo y desagradable se le metía en los tímpanos y le hacía rechinar los dientes. Se levantó una nubecilla de polvo y virutas de cristal salieron disparadas hacia él. Apenas tuvo tiempo de levantar la mano para protegerse. Una esquirla se coló entre sus dedos y abrió un fino corte en la piel que rodeaba su ojo derecho. No fue más que un sesgo liviano, un roce que despertó un agujonazo de dolor. Louis retrocedió un par de pasos mientras el mundo del espejo se desdoblaba en multitud de imágenes cuarteadas. La máscara mutilada que era el rostro de Judith se multiplicó en estampas que se fundían y se deformaban hasta crear un mosaico macabro.

Louis se enjugó las gotas de sangre que resbalaban por su mejilla y volvió a contemplar la superficie de cristal. Las grietas se habían unido hasta formar un entramado de letras que surcaba la plancha de parte a parte. El mensaje era claro. Las fisuras se abrían como cicatrices cuidadosamente trazadas con un cuchillo.

Remake



Judith ya no estaba allí, pero su mensaje permanecía grabado en el cristal y de ahí saltaba a las retinas de Louis.

Remake

El muchacho volvió a echar mano del bulto que guardaba en la parte trasera del pantalón. Pese a los golpes y los empujones, la Walter del calibre veintidós seguía a buen recaudo. Hasta ahora no la había necesitado, pero Manuel no le dejaba otra salida. Si quería quitarse de encima a Judith, tenía que solucionar aquel asunto por las buenas o por las malas.

Manuel Izarbe entró en la sala principal del *Auditori* con los nervios a flor de piel y con la desagradable sensación de que el mundo entero conspiraba en su contra. No había asistido a la proyección de «Raza hambrienta», ni se había tomado la molestia de escuchar la opinión de la gente que atestaba la sala. Aquel imbécil de los lavabos había logrado dismantelar sus últimas esperanzas. Estaba seguro de que se encontraba a un paso del final de su carrera como director de cine. Alguien le advirtió hacía tiempo que estaba vendiendo su alma al diablo al firmar por un proyecto tan ambicioso, que los intereses comerciales que orbitaban alrededor de las dos productoras acabarían despedazándolo como si fuera la víctima de un animal rabioso. Que debía ser paciente, dar un paso detrás de otro y crecer de acuerdo a sus posibilidades. Pero Manuel Izarbe no hizo caso y apostó todo al siete rojo. Para él no existían las medias tintas. Se veía a sí mismo como la nueva promesa del cine español, tal como lo definió Fotogramas en su día, y estaba dispuesto a demostrárselo al resto del mundo.

Judith tampoco se mostró muy entusiasmada cuando puso los contratos de Sogetel y Filmax encima de la mesa. Lo observó un buen rato desde debajo de aquellas pestañas interminables e hizo gala de una frialdad desquiciante. Judith era así, árida como un trozo de esparto y desprendida de cualquier proyecto que no supusiera un buen puñado de euros al contado.

Ni siquiera se entusiasmó cuando le prometió el papel principal del futuro proyecto. Judith resultaba superficial incluso para eso.

Tras la firma de contratos, Manuel sufrió un ataque de vacío intelectual que le llevó al borde del colapso. Atendiendo a las cláusulas, tenía un par de años para dirigir un proyecto



personal o tendría que hacer frente a una fuerte sanción. Fue entonces cuando aquella película soviética de los años setenta apareció en su vida. Manuel se encerró en su estudio y la vio un par de veces. Era maravillosa, perfecta. Una sucesión de imágenes realistas montadas prodigiosamente que mantenía hipnotizado al espectador. Cuando indagó un poco más sobre el pasado de aquella obra maestra, se encontró con la agradable sorpresa de que estaba ante uno de esos films catalogados como películas malditas. Tras el auge del cine soviético a principios del siglo XX, el público comenzó a interesarse por las nuevas corrientes cinematográficas que llegaban de Europa y la productora de aquella pieza única y maravillosa retrasó su estreno más de catorce años. Cuando finalmente llegó a la gran pantalla lo hizo con apenas difusión y en escasas salas de exhibición. Podría haber sido un objeto de culto, pero la crítica y el público especializado la olvidaron dos semanas después de su estreno y el nombre de Alexandra Semiónovich Vígodski, la actriz principal del reparto, pasó a engrosar las filas de actrices en vías de extinción.

Manuel se prometió que Judith triunfaría donde Alexandra Semiónovich fracasó en su día. No tuvo escrúpulos a la hora de fusilar la película fotograma por fotograma, suprimir el momento más escabroso del film y conservar el aire clásico que envolvía la historia original. Cuando la postproducción daba los últimos pasos, casi había logrado borrar de su cabeza aquel estúpido film soviético y logró autoconvencerse de que el argumento de «Raza hambrienta» era la idea más original que jamás se le había ocurrido.

Por desgracia aquella momia jurásica despertó viejos fantasmas durante la rueda de prensa:

—¿Ha visto usted un film que se llama «Vigilancia crepuscular», señor Izarbe?

La úlcera de Manuel afloró en su estómago nada más escuchar aquel título. A los nervios del estreno inminente y a la presión que estaban ejerciendo las dos productoras, se le unía ese antiguo demonio que creía sepultado entre los guiones de su película. «Raza hambrienta» no era más que el retoque de «Vigilancia crepuscular», su peculiar versión de una película que debía de haberse extinguido junto a los rescoldos de la guerra fría.

Manuel se pasó las tres horas siguientes en un bar situado frente al Palacio de Congresos, con la mirada vidriosa puesta en un vaso bien cargado de whisky escocés y dándole muchas vueltas a la



cabeza. Al principio divagó un buen rato sobre aquella descabellada historia de difuntos que no llegaban al purgatorio y necesitaban de un médium para transmitir su última voluntad; sin embargo, aquel niño había dado en la diana con algo, un detalle sutil que le dejó las tripas revueltas y le impidió poner un pie en la sala donde se estrenaba «Raza hambrienta». Algo que tenía que ver con Judith y que no dejaba de amargarle la úlcera.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejar el whisky a medias y regresar al *Auditori*. Podía saltarse la exhibición de la película, pero no podía faltar a la entrega de premios, aunque eso supusiese la defunción de su carrera.

Entró en la sala envuelto por un aura negativa e, inmediatamente, se convirtió en el objeto de todas las miradas y chismorreos. Manuel podía escucharlos a su alrededor, individuos ataviados con esmoquins de sastrería cara y mujeres con vestidos escotados que apenas dejaban nada a la imaginación. Deambuló por el paraninfo cegado por los flashes de las cámaras, algo mareado por el alcohol que llevaba en sangre y consciente de que se enfrentaba a su debacle como director.

Fran fue el primer rostro conocido que se cruzó en su camino. Le echó una mirada de arriba abajo y compuso una expresión reprobatoria. De pronto, Manuel constató que su indumentaria no era la más adecuada para aparecer en una fiesta de gala. Todavía llevaba el mismo traje con el que asistió a la rueda de prensa.

—¿Estás mal de la cabeza o qué? —le imprecó el guionista—. Todo el mundo te ha echado en falta durante la proyección. Fulero de Sogetel preguntó veinte veces por ti.

Para darme la extremaunción, concluyó Manuel.

—Todo el mundo está loco contigo. Coño... Manolo, que la película ha sido un éxito arrollador. El público rompió a aplaudir como un descosido. Las palmas retumbaron por todo Sitges. Dicen que Ángel Sala salió de la sala a toda hostia para hablar con el resto del jurado.

—No me jodas...

—¡Manolo, que nos llevamos el premio a la mejor película! ¡Que por ahí dicen que incluso la pobre Judith suena para el de mejor actriz!

Manuel se quedó sin habla. Cuando volvió a mirar alrededor, los rostros cambiaron por completo. Dejaron de ser hostiles para convertirse en respetuosos, los cuchicheos perdieron su aureola irreverente para convertirse en murmullos de admiración. Toda la sala



sufrió una metamorfosis repentina que dejó a Manuel estupefacto. Los nervios acumulados durante todo el día estuvieron a punto de hacerle desfallecer, por suerte logró mantener la cabeza fría y los pies bien asentados en el suelo.

El resto de la velada quedó registrada en su cabeza como una sucesión de imágenes difusas que iban sucediéndose a velocidad de vértigo. Fran se equivocó en su pronóstico y no fueron dos premios los que «Raza hambrienta» obtuvo del jurado, sino seis: mejor película de la sección oficial, mejor actriz, mejor guión, mejor director, mejores efectos especiales y mejor diseño de producción. En apenas una hora, Manuel Izarbe dejó de ser el mejor director entre las bambalinas del mundillo cinematográfico, para convertirse en el mejor director de España. A medianoche, la película cosechó otros dos premios más: el del público y la María Honorífica a Judith como trofeo póstumo a una carrera prometedora truncada por la desgracia.

De la noche a la mañana, «Raza hambrienta» se convirtió en la cinta más galardonada de la historia de Sitges y Manuel Izarbe en la persona que todo el mundo quería conocer. Ernesto Fulero se lo llevó aparte y le puso en las manos un contrato en el que los ceros casi se salían del folio. El joven director, consciente de que aún llegarían mejores ofertas, compuso su mejor sonrisa de ajedrecista y con un par de quiebros se quitó de encima al productor. La siguiente llamada llegó desde el despacho de Filmax. El mismo tipo que días antes le amenazó con enterrarlo junto a su mujer, le abordó con otra oferta que duplicaba los ceros del contrato de Fulero. Izarbe tuvo que hacer un gran esfuerzo para no aceptar allí mismo y replicar con un «lo estudiaré».

La tercera llamada fue de Alex de la Iglesia, y esta vez no parecía tan ansioso por salir cagando leches hacia Atocha y se apresuró a dejarle bien claro que había disfrutado como un enano con su película durante aquel pase en Madrid y que ansiaba recibir una copia en su despacho para revisarla con tranquilidad.

Al final, tuvo que ser el propio Ángel Sala el que lo rescatara de una nube de periodistas que no dejaba de chuparle el tuétano de los huesos y lo pusiera al frente de la comitiva de triunfadores que arrasaría con los garitos de Sitges. Abandonaron el *Auditori* pasada la madrugada y vaciaron todos los pubs del Paseo d'Aiguadolç. Acabaron en la pista central del Nirvana bailando



con las mejores performance de Barcelona y bebiendo tanto vodka que terminaron a cuatro patas en la zona VIP de la sala Feng Sui.

La última vez que vio a Fran lo encontró en la puerta de los servicios echándole los tejos a Carla Gugino. A Antüan Bassen ya le había perdido la pista tres discotecas más atrás, cuando logró llevarse al huerto al plantel entero de gogós del Pacha Sitges. Pese al alcohol que llevaba encima, logró hacer oídos sordos a las insinuaciones que le dirigieron las exóticas bailarinas del Nirvana y continuó pegado a la barra. El recuerdo de Judith todavía lastraba su corazón y no se sentía con fuerzas suficientes para emprender una nueva relación con otra mujer, aunque fuera un simple escarceo de alcoba.

Tuvo que meterse entre pecho y espalda más de quince lingotazos para reunir el aplomo que le permitiera abandonar la glamorosa noche de Sitges con la dignidad suficiente para parecer el director español más galardonado de los últimos tiempos en vez de un borrachuzo de tres al cuarto. Bajó caminando por el paseo marítimo, disfrutando de una noche despejada y del sonido de las olas al estrellarse contra la cala. Se llenó los pulmones de salitre y, por primera vez en las últimas cuatro semanas, se sintió en paz consigo mismo.

El dinero y el éxito jamás podrían expiar los pecados de la conciencia, pero los hacía más llevaderos.

Distinguió en la playa a unos adolescentes que tocaban la guitarra junto a una hoguera. Vestían playeras, bermudas y peligrosos biquinis. No dudó en deshacerse de su ropa de Armani, bajar a la orilla y sentarse junto a ellos. La lumbre le ayudó a entrar en calor, también la botella de vino que corría de mano en mano. Un tipo con pinta de surfista arrancaba los compases de «The House Of The Rising Sun» a las cuerdas de una guitarra mientras una morena y una rubia bailaban junto a la orilla del mar. Sobre ellos, las estrellas se mostraban cómplices de los sueños de un verano que poco a poco languidecía, pero que en el corazón de Manuel no hacía más que arrancar.

Una niña que no debía de tener más de veinte le invitó a bailar con ella. El aliento le olía a alcohol y sus ojos refulgían sobre una corona de pecas. El roce de sus pequeños pechos bajo la tela del biquini resultaba mareante. Manuel se refugió en su abrasadora candidez y en la dulzura de una adolescencia que emanaba por todos sus poros y, en algún momento de la velada, se embriagó



con unos labios hinchados de deseo. La lengua le sabía a fuego, a droga picante, a alcohol prohibido. Se la llevó lejos de los otros y mientras el guitarrista rasgaba los últimos compases de la canción, se fumaron un canuto a medias en la orilla.

De fondo quedaban las risas, la música, el sonido del mar, el continuo runrún de las discotecas y de una vida que, por primera vez en mucho tiempo, parecía sonreírle. Pensó en Judith y aquello le hizo llevar sus manos hasta los pechos de la niña. Judith los tenía más grandes, sus pezones siempre se le clavaban en las palmas cuando le apretaba las tetas. La niña también reaccionó por instinto. Se dio la vuelta y le rodeó la cintura con sus piernas mientras le daba a probar otra vez el néctar de su lengua.

Manuel arrojó el canuto y se dejó llevar por la inercia de un arrebato que nacía en su pecho y bullía hasta su entrepierna. En ningún momento vio la sombra que se les aproximó desde atrás. Ni siquiera se inmutó cuando la niña se estremeció en sus brazos justo en el instante en que una barra de acero le abría la cabeza en dos. Manuel estaba lejos de allí, sumergido en un éxtasis de recuerdos e imágenes borrosas. Las piernas de la niña apretaron su cintura en un último espasmo y Manuel lo achacó al éxtasis del momento. Algo le salpicó la cara. Algo pegajoso y denso. Abrió los ojos y vio el rostro vidrioso de su amante, la mata de pelo rubio manchada de sangre cayendo hacia atrás, los ojos idos en una mueca que jamás volvería a tener vida. Por un momento, el recuerdo de Judith en la sala de autopsias y el de aquella niña parecieron fundirse en uno, convertirse en la misma mujer.

No hubo tiempo de más. La barra de acero esta vez cayó sobre su sien con la suficiente fuerza para que soltara el cuerpo de la chica y que su mente se desvaneciera en aquella embriaguez de sueños conquistados.





www.poebooks.club

contacto@poebooks.club

Facebook: www.facebook.com/poebooks/?ref=hl

Twitter: [@PoeBooks](https://twitter.com/PoeBooks)

David Mateo (autor)

Facebook: www.facebook.com/davidmatess?ref=ts&fref=ts

Twitter: [@TobiasGrumm](https://twitter.com/TobiasGrumm)